¡¡NO ME JUDAS SATANAS!!

Nº: 299-2



CESAR MARTIN

Errol Flynn

Estaba escrito en el destino, un día u otro debía llegar el inevitable No Me Judas dedicado a **Errol Flynn**.

Lectulandia

César Martín

Errol Flynn

NO ME JUDAS SATANAS!! - 299

ePub r1.0
Titivillus 21.03.18

Título original: *NO ME JUDAS SATANAS!!, publicado en Popular1 #299-2, septiembre de 1998*
César Martín, 1998
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



"You wanna be like Errol Flynn, Captain Blood was a whore.
You wanna be like Gary Cooper, high on a horse.
You wanna be like Lon Chaney, howlin' at the moon.
You wanna be like Baby Glass, give me a kiss too soon".

"Errol Flynn", Dogs D'Amour



Alguien como él, que personificó la esencia del Rock'n'Roll en su estado más puro, debía protagonizar esta sección con todos los honores. Muchas estrellas de Hollywood han vivido existencias autodestructivas y salvajes, pero pocas, por no decir ninguna de ellas, han perseguido el riesgo, la aventura y un final prematuro con tanta intensidad como el gran **Errol**. En los casos de otras leyendas podríamos hablar de excesos con las drogas, el sexo y el alcohol, pero si nos referimos a **Errol**, además de drogas, sexo y alcohol consumidos en cantidades espectaculares, hemos de añadir también luchas contra tribus indígenas en las junglas de Nueva Guinea, cacerías de cocodrilos y tiburones con armas absolutamente primitivas o la incansable búsqueda de una muerte violenta en las guerras de China o España. En un plazo de 50

años, **Errol Flynn** fue vagabundo, soldado mercenario, ladrón de joyas, responsable de plantaciones de esclavos, navegante infatigable, buscador de oro, playboy adicto al sexo, orgulloso alcohólico, refinado drogadicto y eterno teenager. Su cuerpo se rindió antes que él y una vida emocionante como pocas llegó a su fin. Deseaba seguir navegando, bebiendo y follando, pero al mismo tiempo deseaba también sentir la experiencia definitiva, o lo que es igual: la autodestrucción total. Tal vez habría preferido tropezarse con una bala perdida en la Guerra Civil española o con un tiburón más fiero de lo habitual en las aguas de Jamaica, pero no, su muerte se produjo por puro y simple deterioro físico. Con tan sólo 50 años tenía el cuerpo de un anciano, lo cual no debe apenar a nadie, ya que este maravilloso kamikaze vivió tres vidas en una y sin duda exprimió más su estancia en la tierra que la mayor parte de los mortales.

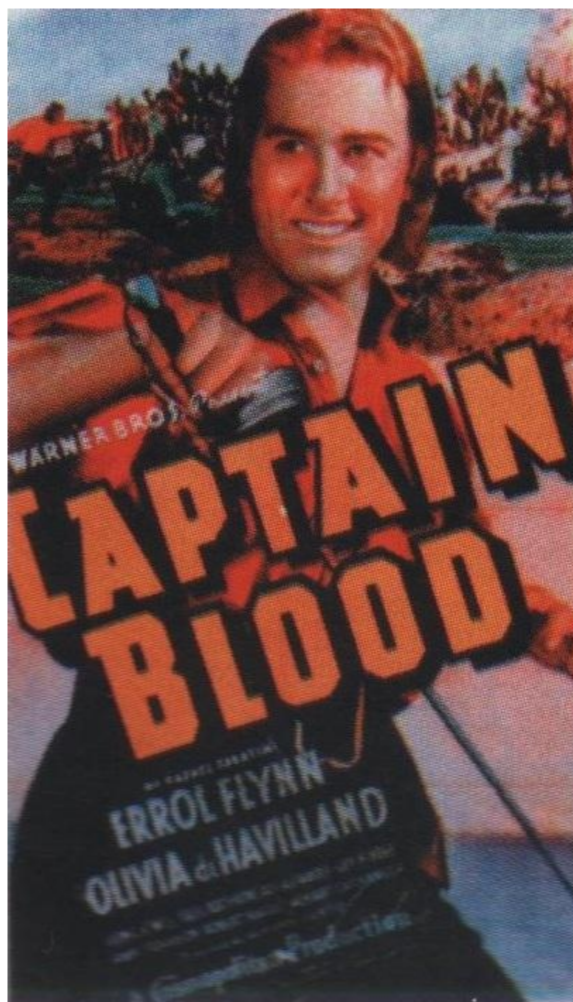
Su deseo de vivir era casi tan poderoso como su deseo de volar en pedazos, y cualquier actividad la abordaba con una euforia fuera de lo normal. Si en el guión estaba escrito que el protagonista debía lanzarse de un precipicio a otro con su caballo, **Errol** no se lo pensaba dos veces y lo hacía, a pesar de que los responsables de su estudio intentasen convencerle de que dejase esa tarea en manos de los especialistas. Si veía la mínima oportunidad de colarse en una guerra, aunque el conflicto en cuestión le importase un carajo, se tiraba de cabeza: por el riesgo, por el morbo, por la aventura, por lo desconocido. Si descubría un río en la jungla especialmente peligroso por la presencia de cocodrilos, allá se iba emocionado, en busca de un nuevo reto. Si le hablaban de una mina de oro perdida en zona de tribus caníbales, reclutaba a un ejército de indígenas y le plantaba cara a la muerte una vez más. Para él la vida no era más que la suma de una experiencia fuerte detrás de otra, y no soportaba la idea de una existencia rutinaria y hogareña en compañía de una mujercita fiel; siempre debía haber en el horizonte otra conquista sexual, otra peligrosa travesía en barco a través de una tempestad, otra lucha cuerpo a cuerpo con un cocodrilo…

Deseaba que el público apreciase su faceta de aventurero y no se limitase a verle como el gran símbolo fálico de América o como la versión masculina de **Mae West**, pero al mismo tiempo no tenía reparos en tocar el piano con su polla dura en cualquier reunión social (una escena presenciada nada menos que por **Marilyn Monroe**), ni tenía problemas a la hora de follarse todo lo que le pusiesen por delante (hombres y mujeres, aunque le atraía sobre todo el sexo opuesto). A diferencia de muchos sex-symbols, **Errol** llegó a odiar su imagen y lo que representaba. Gran parte de las horas que pasó sobrio, que en realidad no fueron muchas, las dedicó a analizar las ventajas y desventajas de ser el playboy de moda. Por supuesto disfrutaba del sexo, de hecho era un adicto a él y no necesitaba internarse en clínicas de desintoxicación para fornicar menos, como hace ahora **Michael Douglas**, pero también aspiraba a ser respetado como escritor y a obtener papeles cinematográficos en films que no se encuadrasen dentro de los géneros de espadachines o del oeste.

Lamentablemente ni Hollywood ni el público esperaban otra cosa de él que fuese más allá de las pelis de piratas y las conquistas de bonitas doncellas, así que cuando llegó a cierto punto en su vida abandonó cualquier esperanza de acabar con el estereotipo que se había creado en torno a su persona, y se entregó en cuerpo y alma a los excesos. Preguntadle a vuestros abuelos y seguro que os contarán cualquier historia loca sobre **Errol Flynn**. Sus bacanales de sexo y drogas en Mallorca, a bordo de su yate, todavía se recuerdan. En aquellos días mediados de los 50, Errol se desplazaba a todas partes con un maletín de médico en cuya superficie aparecía grabada una curiosa inscripción: Errol Flynn Enterprises, un envoltorio muy profesional que escondía su medicina favorita: una botella de vodka Smirnoff y dos vasos. Bien equipado siempre con su inseparable maletín, **Errol** iba de fiesta en fiesta, o bien invitaba a su yate a todo aquel que le pareciese atractivo.

Una anécdota especialmente cachonda que refleja el carácter de **Errol**, hace referencia al caos que reinaba en su legendaria mansión de Mulholland, en las colinas de Hollywood. El actor diseñó esa casa para experimentar el mayor número de excesos posibles en las temporadas que pasaba en L.A. Su esposa **Lili Damita** tenía terminantemente prohibido acercarse allí bajo ningún concepto, pero el resto de la ciudad podía entrar y salir del santuario de **Errol** sin problemas. Pronto se corrió la voz de que la estrella ofrecía los partys más salvajes de América y la situación se le fue de las manos. En ocasiones, **Errol** no podía entrar en su propia casa, porque centenares de actrices, chulos, camellos, capos cinematográficos o putas trataban de colarse y cubrían por completo la entrada principal, de modo que el actor debía introducirse en la mansión usando una puerta secreta. Pues bien, un día llegó cansado después de un duro día de rodaje y cuando se retiró a sus aposentos descubrió a dos hermanas gemelas desnudas en su cama. **Errol**, indignadísimo, llamó a su fiel criado **Alexandre** y le dijo: ***“¡¡Que salga inmediatamente una de las dos de esta cama!!”***. Así era **Errol**.

La faceta más interesante de su vida fue la desenfrenada pasión por la aventura que mantuvo hasta el final. Por supuesto sus películas son maravillosas, cada vez que ves de nuevo **“Captain Blood”**, **“Robin Hood”**, **“Murieron con las botas puestas”** o **“La carga de la brigada ligera”** alcanzas el cielo, pero más interesante aún que esos films son las aventuras reales que vivió **Errol**. Este tipo pertenecía a una estirpe muy especial que en Hollywood nunca ha abundado, necesitaba jugarse el pellejo periódicamente y buscar cada vez retos más duros. Es bastante significativo que sus mejores amigos fuesen actores especialistas encargados de llevar a cabo las escenas peligrosas de los films. **Errol** siempre se rodeaba fuera de los platós de los tipos que sabían cómo caerse con su caballo al suelo en una escena de un western sin herirse ellos mismos ni herir al animal, o aquellos especialistas que se lanzaban desde un tercer piso y salvaban el cuello. Las típicas estrellas engreídas que se limitaban a pasearse con arrogancia por los estudios, aburrían enormemente a **Errol**. Sólo congeniaba con estrellas tan suicidas como él. Por ejemplo admiraba a **William Holden** por su tendencia a hacer las cosas más demenciales a alturas realmente espeluznantes: desde pequeño, **William** y su hermano disfrutaron subiéndose a las cornisas de los edificios y haciendo acrobacias. Ese era el tipo de actor que **Errol** encontraba interesante, pero la mayoría le resultaban muy vacíos: simples rostros carismáticos que vegetaban en las reuniones sociales y en los platós hollywoodenses. Por eso, tan pronto como finalizaba un film, abandonaba L.A. y se iba a navegar por el mundo.



Algunos de los momentos más felices los vivió cuando la aventura y el cine se fusionaron en una única experiencia. Si además de besar a **Olivia de Havilland** podía hacer unas cuantas escenas arriesgadas y quitarle el trabajo a sus amigos especialistas, el día estaba completo. No se consideraba un gran actor, pese a que por supuesto lo era ¡y de los mejores!, actuar para él no tenía un gran interés, pero las secuencias peligrosas le daban un sentido a su trabajo, ése era su gran aliciente. Posteriormente, las presiones del estudio ante la imposibilidad de encontrar a nadie que asegurase los films si **Errol** se empeñaba en seguir jugándose la vida, restaron parte del morbo a su trabajo y se vio obligado a dejar que los especialistas le doblasen en las escenas más duras, pero siguió buscando el peligro en su vida privada.

Una de las experiencias cinematográficas más satisfactorias la vivió hacia el final de su carrera, muchos años después de que el cine hubiese dejado de interesarle. Gracias a otro aventurero de leyenda, **John Huston**, nuestro amigo pudo intervenir en un film que debía rodarse en África bajo unas condiciones de vida extremas: su titulo: **“The Roots of Heaven”**. La idea de vivir algo tan excitante por cortesía del cine le atrajo desde el primer momento. Ni que decir tiene que él y **Huston** eran los únicos individuos del equipo que sabían dónde se metían. Los demás, un total de 164 personas, se trasladaron al corazón de África convencidos de que el estudio cuidaría de ellos y como mucho tendrían que soportar un clima agobiante. Pero al poco de llegar, todos empezaron a caer enfermos, uno detrás de otro. **Errol** se sintió muy a gusto en esa situación, realmente le excitaba averiguar quienes llegarían al final del rodaje más o menos sanos. Poco importó que su vida estuviese llegando a su fin: **Errol** seguía siendo un teenager irresponsable, y disfrutaba en medio de aquel horror, con las enfermedades, el calor inhumano y todo tipo de contrariedades, ¡ése era su ambiente! Durante seis meses, el equipo del film vivió una pesadilla y algún miembro llegó a morir a causa de los ataques de malaria y demás. Pero **Errol** se mantuvo en forma, gracias en gran medida a su estricta dieta de Smirnoff. Nunca probó una gota de agua en esos seis meses, de modo que pudo rehuir todas las miserias físicas que les cayeron encima a sus compañeros. Y no sólo eso, sino que además se lo pasó en grande saliendo a cazar por la jungla con el bruto de **John Huston**.

Un factor que jugó un papel esencial en la supervivencia de **Errol** durante ese duro exilio africano, fue su experiencia de adolescente en las zonas más salvajes de la tierra: Nueva Guinea, India, etc. Mucho antes de que el mundo tuviese constancia de quién era el gran **Errol Flynn** y de que se pusiese de moda la frase **“In like Flynn”** (algo así como: **“Cool’ como Flynn”**). el joven **Errol** vivió cinco años de aventuras que algún día deberían ser plasmadas en la gran pantalla, porque fueron más excitantes que la mejor de sus películas.

Nacido en Hobart, Tasmania, la vida de **Errol Flynn** hasta que llegó a Hollywood fue tremendamente intensa. Podría haber seguido los pasos de su padre, un eminente científico acostumbrado a seguir una rutina diaria absolutamente inquebrantable, pero **Errol** necesitaba experiencias fuertes, y al igual que su personaje de **Captain Blood**, abandonó la tranquilidad de su tierra natal para lanzarse a una montaña rusa de emociones sin fin. Al cumplir los 16, sus padres se fueron a vivir a Inglaterra y el joven **Errol** se quedó solo en Australia. En un principio tenía asignado un trabajo en la empresa de un amigo de su padre, pero aquello le duró poco: robó dinero de la caja para apostar en carreras de caballos, fue descubierto y se quedó en la calle. Las aventuras acababan de empezar.

Durante unas semanas, **Errol** y un amigo suyo llamado **Thomson** fueron miembros de una peligrosa banda callejera. Dormían en la calle y peleaban con gangs rivales, pero su vida de delincuentes acabó casi antes de empezar: **Thomson** fue asesinado y **Errol** se dio cuenta de que debía salir cuanto antes de esa situación.

Curiosamente estaba liado con una nenita bastante formal, le había entregado incluso un anillo de compromiso, sin embargo un tipo como él no podía asumir semejante responsabilidad, y tan pronto como ella le devolvió el anillo en cuestión, **Errol** lo vendió y se pagó un billete de barco para Nueva Guinea. Tenía muy claro cuál iba a ser su objetivo: buscaría oro en la jungla y se convertiría en un arrogante millonario. Era 1926, **Errol** tenía 17 años. El mundo era suyo.



Al llegar a Nueva Guinea se las arregló para conseguir un trabajo como inspector de sanidad (!). Su cometido consistía en visitar cada poblado en compañía de dos nativos y mostrarles a los indígenas cómo debían cocinar, lavarse, etc. Obviamente no era un asunto que le importase demasiado, y ponía más empeño en encontrar tres horas libres cada día para nadar en un lago local. El sexo también jugaba un papel importante en su agenda diaria. **Errol**, un verdadero imán para cualquier hembra que se cruzase en su camino, no tardó en ligarse a la esposa de un oficial. Fue un romance corto: el marido les descubrió y **Sir Flynn** tuvo que defender su integridad física. Superado este incidente, **Errol** consiguió otro trabajo (responsable de una plantación de cocos), y otra mujer: una indígena llamada **Maihiati**, que le enseñó técnicas sexuales desconocidas hasta entonces por él. Su estilo de vida en aquella época era muy cómico. Vestía como un oficial británico, con un impecable traje blanco, pese a no ser NADIE, y dejaba que los empleados de la plantación hiciesen el trabajo sucio mientras él se divertía con **Maihiati** o pescaba en aguas infestadas de tiburones. La pesca le atraía especialmente, ya que incluía un componente de riesgo importante: sumergirse en las aguas con los tiburones acechando a su alrededor era algo que le ponía cachondo.

Su primer contacto con Hollywood se produjo en aquellas tierras inhóspitas. Un tipo llamado **Joel Swartz** quería rodar material en el río Sepik y contrató a **Errol** para que le llevase en barca por las zonas más inexploradas. Era un trayecto muy peligroso, pero eso no suponía un problema para **Errol**. Su debut frente a las cámaras se produjo en ese viaje, cuando **Swartz** le filmó nadando en aguas llenas de cocodrilos.

Dicha filmación le abrió los ojos a **Errol**. La posibilidad de llegar a ser actor aún no había cruzado su mente, pero la pequeña experiencia cinematográfica le recordó por qué diablos se había desplazado a ese lugar remoto y perdido: el oro. Alguien le

advirtió de la posibilidad de conseguir una fortuna en la jungla de Salamaua, y hasta allí se trasladó. Decidió cortar con **Maihiati** y con su trabajo en la plantación de cocos, y se lanzó de cabeza a la búsqueda de oro, respaldado por varios nativos. Fue su primer contacto con la dureza de la selva, allí se tropezaría con todo tipo de amenazas: serpientes, enfermedades, tribus indígenas nada amigables… Sin embargo, se había precipitado. En los yacimientos de oro la gente moría a diario a causa de las terribles condiciones de vida, y tras ver a varios nativos fallecer por culpa de neumonías, **Errol** se replanteó su aventura, y optó por un trabajo más seguro: la compra y venta de esclavos en la localidad de Aitape. Vestido como un gentleman, siempre impecable, **Errol** contaba incluso ¡con un esclavo personal de 13 años! El chico tenía la misión de cargar con las maletas, siempre llenas de libros de tipos como **Darwin** o **Marx**, y el armamento de su amo (cuatro rifles y un revólver). El detalle de las armas no era gratuito, los ataques de tribus hostiles solían ser frecuentes, no en vano fue en aquellos días cuando **Sir Flynn** tuvo que combatir contra una de las tribus locales más salvajes y mató a un indígena, un hecho que oscurecería para siempre su reputación ante los ojos de quienes ignoraban el tipo de vida que estaba obligado a seguir en la jungla. En el ataque del que fue víctima murió uno de sus empleados y él mismo fue herido en una pierna por una flecha envenenada; una cicatriz que ya le quedaría de por vida. **Errol** por su parte vació su munición sobre los indígenas y se cargó a uno. Como consecuencia de ello, a su regreso a Salamaua fue arrestado por el gobierno australiano y le acusaron de asesinato. **Sir Flynn** tenía problemas, Hollywood aún desconocía su nombre, todavía no era "in" ser como **Flynn**, de modo que ningún estrellón de la abogacía le iba a sacar de ese apuro. A sus 20 años se enfrentaba a una posible condena carcelaria que le arruinaría la vida. Pero tuvo suerte, mucha suerte, y tras mostrar su pierna herida, el jurado le creyó y fue liberado.

Errol además había contraído malaria y gonorrea. Una de ambas enfermedades, concretamente la malaria, le acompañaría ya durante el resto de sus días: cada cierto tiempo volvería a tener ataques de fiebre recurrentes, lo cual le crearía algunos problemas en los futuros rodajes de sus films. Pero por aquel entonces **Errol** ignoraba todo eso, no sabía ni que tendría que aguantar la dichosa malaria de por vida, ni que llegaría a ser una estrella de Hollywood, lo que sí sabía es que era momento de alejarse una temporada de Nueva Guinea y buscar fortuna en otras tierras.

Volvió a Sydney y se dedicó a vagabundear, sin abandonar nunca su porte aristocrático, por supuesto. **Errol** tenía una curiosa teoría: si alguien se comporta como un verdadero caballero, aún siendo un muerto de hambre, la fortuna acabará sonriéndole. Por eso se preocupaba de no vestir nunca como un mendigo, aunque no tuviese ni un centavo en el bolsillo. Durante un tiempo durmió en refugios para vagabundos y trató de sacar unas monedas revendiendo paquetes de cigarrillos por las calles. Pero aspiraba a mucho más. Alguien que luce un elegante traje blanco no puede perder su tiempo vendiendo cigarrillos. La particularidad de nuestro hombre es que siempre tenía un as en la manga, y en este caso el as que debía cambiar su suerte era una pequeña propiedad que adquirió en Nueva Guinea mientras se dedicaba a comprar y vender esclavos. Consiguió vender el terreno por 2.000 libras, y ¿adivináis en qué empleó el dinero?, ¡en la compra de un yate, naturalmente!, ¡nadie como nuestro **Good Ol' Errol**! No podía ni comer, pero el yate estaba por encima de las necesidades básicas en su lista de prioridades. De pronto deseaba volver cuanto antes a Nueva Guinea para vencer las dificultades que le habían impedido enriquecerse de la noche a la mañana, tal y como había planeado de antemano.



El viaje en barco de Sydney a Nueva Guinea fue una locura que le podría haber costado la vida. Ni que decir tiene que **Errol** gozó de los riesgos del traicionero mar como un crío: cuanto más peligrosa fuese la travesía, mejor. A su llegada a Nueva Guinea, vendió el yate y compró una plantación de tabaco. Por supuesto no tenía ni la más remota idea de lo que se supone que hay que hacer en una de esas plantaciones, pero tampoco sabía nada de cocos cuando asumió la responsabilidad de controlar la anterior plantación, y eso no supuso un freno para él. Cuando se encontraba en este tipo de situaciones, se limitaba a dejar en manos de un nativo el trabajo duro, mientras él se embolsaba los beneficios. La mujer de turno que le ofreció las necesarias dosis de sexo fue una nena llamada **Tupersalai**; por una vez no tuvo que echar mano de las irresistibles técnicas de seducción **Flynn**, ya que se limitó a comprársela al padre de la chica a cambio de dos cerdos y algo de dinero.

Paralelamente a su trabajo en la plantación, **Errol** se reencontró con el cineasta

Joel Swartz, y, esta vez si, rodó bajo sus órdenes su primera película: **"In the Wake of the Mounty"**. No era un proyecto ambicioso, ni mucho menos, pero a la larga le permitiría colarse en Hollywood. El rodaje consistió en tres semanas de duro trabajo en Tahití. La posibilidad de dedicarse por completo a hacer cine comenzó a rondar por su cabeza. Habían pasado cuatro años y medio desde la primera vez que pisó Nueva Guinea, y alguien le dijo que quien pasa más de cinco años en esas tierras sin llegar a hacer fortuna, ya no sale de allí jamás. La vida de reclusión espiritual que había llevado en la jungla, leyendo cada noche al aire libre las obras literarias que le enviaba su padre desde Inglaterra, mientras toda clase de insectos trataban de devorarle vivo, alertados por la luz de la lámpara, le atraía enormemente. Allí tenía lo que deseaba: las noches dedicadas a la cultura en el entorno menos cultural del universo y los días esquivando cocodrilos o fornicando con **Tupersalai** en plena naturaleza. Pero temía acabar siendo un perdedor. Había llegado la hora de decir adiós a Nueva Guinea, aunque ni él era capaz de decir si terminaría volviendo allí o no.

Su retorno a Sydney fue el puro delirio. Se llevó con él a ocho nativos de Nueva Guinea que jamás habían salido de la jungla, con la única intención de observar sus reacciones al descubrir lo que era la civilización. Imaginad la escena: **Sir Flynn**, luciendo sus mejores ropas, rodeado de ocho negros medio desnudos que no sabían ni lo que era un coche. **Errol** disfrutó con el choque de culturas, y para rizar el rizo les llevó a un cine a ver una película de **Wallace Beery**. Como es lógico, los pobres indígenas no entendieron nada, pero **Errol** no paró de reír hasta que los facturó de vuelta a Nueva Guinea.

Durante unos pocos días, los manierismos aristocráticos de **Errol** casi se correspondieron con su realidad personal. Tuvo lugar el estreno del film **"In the Wake of the Bounty"**, y el futuro astro cinematográfico hizo una aparición personal en la sala elegida. Pero aquello no fue más que un espejismo. Al cabo de poco tiempo, **Flynn**, el aristócrata, volvía a mendigar por las calles. Y ya se sabe que un hombre desesperado es capaz de hacer cualquier cosa, de modo que **Flynn**, el aristócrata, transformado de nuevo en **Flynn**, el mendigo, añadió un titulo más a su curriculum y se convirtió en **Flynn**, el ladrón de joyas. En realidad su carrera de cleptómano de lujo no duró mucho, pero su acto fue lo suficientemente grave como para que se viese obligado a huir del país.

Errol, que por supuesto tenía madera de gigoló, se ligó a una mujer adinerada a una calle de Sydney, y tras acostarse con ella, no pudo evitar robarle las joyas. Fue un acto reflejo: atravesaba malos momentos y no iba a conformarse con un par de billetes. Posteriormente, cuando alcanzó el éxito, **Errol** trató de localizar de nuevo a esa mujer para limpiar su conciencia (robar a una dama era la acción más deshonesta que existía en el mundo, según el código **Flynn**), sin embargo jamás volvió a dar con ella.

Su situación era compleja. En pocas horas seria perseguido por la policía y no

habría sido muy inteligente por su parte tratar de vender las joyas robadas. Pero no tenía dinero para escapar. Lo que hizo fue esconderse en el desierto australiano y aceptar un trabajo de pastor. ¿**Sir Flynn** cuidando corderos? sí, suena extraño, pero si os detallo la labor concreta que hacia en la granja, tendréis más problemas todavía para imaginarle en ese contexto. Su primer trabajo consistió en ¡capar corderos con los dientes! **Flynn**, el aristócrata, convertido en **Flynn**, el… ¡cómo definir algo así! La verdad es que era un oficio un poco humillante. Un tipo se encargaba de limpiar el trasero del cordero y a continuación le pasaba el animal a **Errol**, y éste clavaba sus dientes en los testículos del bicho. Lo dejaremos ahí, no es necesario conocer más detalles de esta escabrosa práctica que **Errol** dominó a la perfección en pocos días. Cuando empezaba a cansarse de morder testículos de corderos, se ligó a la hija del jefe, y gracias a ella le asignaron la misión de guiar a un ganado de ovejas a través del desierto. Era una buena oportunidad de ganar dinero rápido, lástima que sus correrías sexuales fuesen descubiertas por el padre de la muchacha. Como si se tratase de una escena de cualquiera de sus películas, **Errol** tuvo que salir corriendo, perseguido por el hombre, que empuñaba un rifle y estaba decidido a acabar con él. Y de nuevo tocó fondo: durante cinco días tuvo que vagar por el desierto sin comida, hasta que se tropezó con otra mujer en su camino (¡siempre la misma historia!) y consiguió algo de dinero para… sí, ¡volver a Nueva Guinea!

Obsesionado con su ambición de encontrar oro, se las arregló para que le financiasen una expedición a la jungla. Compró varios esclavos y trató de materializar de una vez por todas su fantasía. Y lo logró, en parte, pero el oro que encontraría era insuficiente para compensar el trastorno que había supuesto desplazarse hasta allí. Nuevo cambio de planes: vende los esclavos y abandona Nueva Guinea para siempre. **Errol**, el aventurero sin rumbo fijo, se marcó un destino provisional: Inglaterra, aunque si surgía algo por el camino…

El viaje en barco prometía ser largo y nuestro hombre no se caracterizaba por tener excesiva paciencia. Sólo necesitó conocer a otro pirado como él para añadir más emociones a su existencia. El nombre del individuo que aceleró todavía más, si cabe, el ritmo de vida de **Errol** era **Gerrit H. Koets**, un médico estrafalario que vagaba por el mundo ejerciendo de buscavidas. Ambos congeniaron muy bien desde el primer instante y el tal **Koets** llegaría a ejercer una gran influencia sobre **Errol**. La primera parada del trayecto tuvo lugar en Filipinas y allí se quedaron a vivir una temporada. Ninguno de los dos tenía dinero, pero ideas no les faltaban. **Koets** sugirió que apostasen en peleas de gallos, pero introduciendo una pequeña innovación por su parte: el excéntrico médico llevaba veneno de serpiente en uno de sus frasquitos, y se le ocurrió la idea de inyectar el liquido en el pico del gallo por el que apostarían, para que el gallo contrario se envenenase al picarle y muriese. **Koets** inyectaba el veneno discretamente minutos antes de cada combate, y efectivamente la cosa funcionaba. Pero tras varios combates ganados, fueron descubiertos por los filipinos, y salvaron el pellejo de milagro, huyendo en dirección al puerto, sin maletas ni nada, dispuestos a

embarcarse en el primer navío que encontrasen. Los tramposos reciben un castigo muy cruel en Filipinas, pero nuestros amigos no estaban destinados a morir linchados por un grupo de furiosos filipinos.

De allí se fueron a Hong Kong, donde apostaron en carreras de caballos sin mucha suerte. Macao fue el siguiente destino. En ese lugar perdido en la esfera terrestre, **Errol** fue introducido en las drogas de la mano de una de sus conquistas sexuales, que en realidad era una ladrona y prostituta de lujo. La mujer, que decía llamarse **Ting Ling**, le llevó a un fumadero de opio, y **Errol** disfrutó con la morbosa experiencia. Pero su fugaz compañera tenía otros objetivos para él, y cuando bajó la guardia, la chica le robó sus escasas pertenencias. Sin embargo, la gran virtud de **Errol** y **Koets** era plantarle cara siempre a la desgracia, y puesto que volvían a sufrir de una economía definitivamente débil, tantearon las opciones que tenían de vivir experiencias fuertes sin necesidad de dinero, y llegaron a la conclusión de que debían alistarse en el ejército chino (¿cómo puede alguien en su sano juicio desear alistarse en el ejército chino?, excelente pregunta). La posibilidad de disparar armas y cargarse a los tipos del bando contrario les resultaba tremendamente atractiva. Al parecer se esperaba un inminente ataque japonés, y las fuerzas militares chinas estaban dispuestas a fichar a cualquiera, incluyendo a dos vividores tan descerebrados como **Errol** y **Koets**. Rodeados de centenares de chinos, estos dos tipos sin igual se plantaron en Shanghai uniformados como auténticos combatientes, pero cuál fue su sorpresa cuando en lugar de darles armas para combatir, les ordenaron que limpiasen las calles de la ciudad. ¿Qué clase de ejército era ése?, ¡**Sir Flynn** y su amigo **Koets** no estaban dispuestos a hacer semejante trabajo! ¿Solución?, ¡desertar, por supuesto!

En medio del caos, **Errol** y Koets se embarcaron en un navío y siguieron su camino. Como de costumbre, su innata habilidad para crear problemas provocó que su travesía no fuese muy placentera. **Errol** se ligó a una mujer japonesa, el marido les descubrió y trató de zanjar el asunto a tiros, pero la tripulación intervino, y los dos aventureros fueron expulsados del barco en el puerto de Pondicherry, o lo que es igual: la nada absoluta. Allí, como era su costumbre, visitaron un burdel (una práctica que, por cierto, **Errol** defendería con orgullo hasta el final de sus días; según él, uno no conoce realmente una ciudad si no va a sus burdeles). Hicieron sexo con algunas putas y a la hora de pagar, surgieron de nuevo los contratiempos. El chulo del antro quería cobrar una propina extra, **Errol** se la negó y fue obsequiado con un machetazo en el ombligo. Con los intestinos colgando, fue conducido a un hospital por **Koets** y los cirujanos consiguieron cerrarle la herida. Debía pasar dos semanas hospitalizado, pero como es lógico desobedeció las órdenes médicas y se levantó al cabo de dos días, lo que provocó que la herida se abriese de nuevo y tuviesen que coserle otra vez.

Tras recuperarse, visitaron Etiopía y se separaron en Marsella. **Koets** deseaba trabajar en una universidad europea, y **Errol** quería probar suerte en U. K. Cuando llegó el momento de decirse adiós, fue un mal trago para ambos. Habían vivido muchas cosas juntos y no sabían si volverían a verse algún día. En realidad eran dos

tipos muy distintos: **Koets** se regocijaba en su tacañería, no gastando en nada y evitando siempre los lujos, mientras que **Sir Flynn** invertía cualquier dinero que tuviera, por poco que fuese, en excentricidades de millonario (cualquier tontería: un vino caro, aunque no tuviese dinero para comer; un pasaje de primera clase en un barco… Se trataba de adoptar el rol de aristócrata, el dinero ya llegaría después). Lo que les unía eran sus ansias de vivir aventuras.

La llegada de **Errol** a Londres fue, por supuesto, problemática. No tenía dinero y no estaba dispuesto a alojarse en una pensión cutre, así que montó un gran revuelo en la estación de Waterloo, afirmando que le habían robado todo su equipaje. Su porte aristocrático y su clara vocación de actor le condujeron directamente a la suite real de un hotel de cinco estrellas, en espera de que el molesto contratiempo se solucionase. Pero, claro, la gente no es tonta, y al cabo de dos días de comer y dormir a expensas de los responsables de la estación, **Errol** se dio cuenta de que debla hacer algo para salir de ese enredo, y simuló un ataque de apendicitis. Fue trasladado a un hospital, y tras una breve estancia en dicho centro, donde, cómo no, se ligó a una enfermera, optó por fugarse sin dar ninguna explicación a nadie.

A estas alturas comenzaba a tener las ideas claras. Se había dado cuenta de que el oficio de actor podía ser lucrativo y deseaba probar suerte. Obtuvo algunos papeles en obras teatrales londinenses y se le presentó la gran oportunidad de su vida: un cazatalentos de Warner le vio en una de esas obras y fue contratado para rodar una peli barata titulada **“Murder at Montecarlo”**. Gracias a ese papel, el jefazo del estudio, **Jack Warner**, se fijó en él y reclamó su presencia en Hollywood. Pronto el mundo se iba a dar cuenta de que era “in” ser como **Flynn**.

Pero **Errol**, que no desaprovechaba ni un solo minuto de su existencia, no esperó ni tan siquiera a llegar a Los Ángeles para codearse con gente interesante. En el mismo barco que le condujo a NYC, **Errol** hizo sexo sadomaso con una excéntrica pasajera (su primera experiencia con el S/M) y conoció a la que pronto se convertiría en su esposa: la temperamental actriz **Lili Damita**, que en aquel primer encuentro le trató con desprecio e indiferencia.

Cuando por fin pisó Hollywood, tenía 26 años y toda una vida de experiencias a sus espaldas. Era una verdadera rareza, un ejemplar único en su especie. Mientras otros actores trataban de ir subiendo poco a poco en la industria, y lo más importante que habían vivido eran precisamente esas experiencias cinematográficas, **Errol** llegaba a Warner dispuesto a arrasar, y con una seguridad total en SÍ mismo. Alguien que había tenido que defenderse de indígenas salvajes, maridos celosos y dueños de burdeles orientales, y que había pasado gran parte de su vida sobreviviendo en los lugares más duros de la tierra, no podía sentirse intimidado por Hollywood. Los responsables de Warner no querían dar una imagen excesivamente hardcoriana de **Errol**, y ocultaron los aspectos más oscuros de su biografía (el asesinato del indígena, su pasión por los burdeles, etc.). De hecho, omitieron incluso su nacionalidad. Tasmania sonaba demasiado lejana, mejor le convertían en un caballero irlandés. Y

Errol encantado con su nuevo pasado; si le proporcionaban vino, mujeres y dinero, el mundo podía creer lo que le diese la gana.

Le probaron con un pequeño papel en el film **“The Case of the Curious Bride”**, y en el mismo plató se ligó a **Lili Damita**, lo cual le beneficiaría inicialmente para darse a conocer en los circuitos sociales de Hollywood, pero se convertiría en una terrible carga cuando se casase con ella. La boda tuvo lugar en Yuma.



Jack Warner sabía elegir bien a sus futuras estrellas, y pronto colocó a **Errol** como protagonista de un film que iba a reventar las taquillas: **“Captain Blood”**. Esa fue la primera película que rodaron juntos **Errol** y la entrañable y bonita **Olivia de Havilland**. Ella tenía 19 añitos y se sentía desbordada por las bromas y las técnicas de seducción de **Sir Flynn**. Posteriormente, cuando volviesen a coincidir en otros films, **Errol** llegaría a enamorarse de **Olivia**, pero la actriz nunca le correspondió, quizá porque le conocía bien y no quería tener a un loco a su lado. Su relación a lo largo de los años fue muy ambigua. **Olivia** nunca era desagradable con él, pero le fastidiaba que **Jack Warner** la colocase siempre a la sombra del astro **Flynn**. Y nuestro **Errol** por su parte sólo pensaba en meter su polla dentro de esa mujer. En una ocasión llegó a colocarle una serpiente en sus bragas, y cuando **Olivia** se dispuso a vestirse, sufrió un sobresalto considerable. Era la forma de ser de **Errol**, disfrutaba con lo que en inglés llaman “practical jokes”, o lo que es igual: bromitas pesadas para captar la atención de los demás, pero el uso de esa táctica con alguien como **Olivia** no podía dar muy buen resultado.

El impacto popular de **“Captain Blood”** fue antológico. **Errol** sacudió Hollywood con su vitalidad y su presencia, a pesar de que su salud no era tan robusta como podía parecer. Tantos años de excesos comenzaban a afectarle, aunque su principal problema era la malaria que contrajo en Nueva Guinea. Varias veces a lo largo del rodaje se desmayó, aquejado de fuertes fiebres. **Jack Warner** estaba convencido de que **Errol** tragaba alcohol como un condenado, lo cual también era cierto, pero los problemas físicos que sufrió mientras rodaba el film se debieron a la malaria. El público, claro está, no tuvo conocimiento de estos detalles. **Flynn**, el aristócrata, el ladrón de joyas, el mendigo, el pastor, era ahora **Flynn**, el pirata, y el mundo debía creer que disfrutaba de una salud inquebrantable.

En los siguientes años, **Errol** rodó docenas de películas, una cada tres meses. Títulos como **"The Charge of the Light Brigade"**, **"The Adventures of Robin Hood"**, **"They Died with their Boots on"**, **"Dodge City"**, etc. Algunos de esos films fueron experiencias realmente duras, aunque eso a **Errol** sólo le podía servir de aliciente. En **"They Died with their Boots on"** llegó a morir uno de los actores, al caer de su caballo y clavarse la espada.

Su matrimonio con **Lili** no funcionó desde el primer momento. Los celos la consumían y **Flynn**, el seductor, no tenía intención de abandonar sus conquistas sexuales. La prensa sensacionalista cubría hasta la más pequeña de sus broncas conyugales, la presión era insoportable, y **Errol** sólo podía hacer una cosa: buscarse una guerra y desaparecer de la circulación durante una temporada. La visita de su amigo **Koets** a Hollywood, que llegó acompañado por 1.200 monos para venderlos al Rockefeller Institute, era la oportunidad que esperaba para cortar con todo: la industria cinematográfica, las histerias de la posesiva Lili, el acoso de la prensa… **Koets** le habló de la guerra civil española y **Errol** se mostró interesado inmediatamente. Pero ¿qué podía hacer él en esa guerra?, pues cubrirla como periodista, esa era la excusa perfecta para colarse en nuestro cutre-país. Convenció al magnate de la prensa **William Randolph Hearst** para que le encomendase esa misión, y el 26 de marzo de 1938 se plantó en el aeropuerto de Barcelona en compañía de **Koets**. Posteriormente se ha sabido que su amigo era en realidad un espía nazi y utilizó a **Errol** para introducirse en España e informar a la Gestapo de lo que sucedía por estas tierras. Alguna gente ha llegado a especular con la idea de que el propio **Errol** fuese también un perro de la SS, pero eso es absurdo, **Sir Flynn** sólo buscaba emociones fuertes, nunca le importó si ganaban unos u otros (aunque si tenía que posicionarse políticamente, elegía siempre la izquierda).

El maquiavélico **Koets** convenció a varios individuos españoles de que se esperaba un donativo de 1 millón de dólares, recaudados entre las estrellas de Hollywood para apoyar la causa. Como es natural, todo era mentira, pero gracias a eso **Errol** y **Koets** tuvieron a su disposición a varios hispanos serviciales durante su estancia. Un tipo llamado Pepe, que provenía de Palma de Mallorca, hizo de chófer para ellos, y en el trayecto de Barcelona a Madrid estuvieron a punto de perecer, cuando una bomba cayó justo sobre el coche que iba delante de ellos y mató a sus ocupantes. Años después, **Errol** admitiría que vino a España a buscar la muerte, cansado de su estilo de vida de playboy y de los agobios de Hollywood. Cuando finalmente llegaron a Madrid, se hospedaron en el Hotel Gran Vía y vieron cómo era bombardeado el edificio de Telefónica. De Madrid se trasladaron a Algeciras, donde **Errol** fue herido en una explosión. La noticia del incidente se publicó en la prensa de todo el mundo: ni sus fans, ni su jefe **Jack Warner** comprendían qué diablos hacia en una guerra española alguien como **Errol Flynn**. Pero sólo era necesario mantener un par de charlas con **Sir Flynn** para entender su modo de pensar. Estaba aquí porque la rutina diaria le mataba y sentía una urgente necesidad de abordar nuevos retos que

diesen sentido a su vida. En el hospital en el que le atendieron, vio morir a infinidad de personas, mientras el espía **Koets** trataba de curar a los heridos. También vio a curas linchados y todo tipo de salvajadas. **Errol** no llegó a matar a nadie en esa guerra, a pesar de que los militares le dieron un arma para que luchase en primera linea del frente. Y esta extraña mezcla de sueño y pesadilla, que atrajo e incomodó por igual al actor, llegó a su fin cuando los lugareños empezaron a reclamar insistentemente el millón de dólares que nunca existió. Ante la posibilidad de acabar acribillados a balazos por mentirosos, **Errol** y **Koets** abandonaron España.

A su vuelta a Estados Unidos, la prensa no hablaba muy bien del actor. Le acusaban de entrometerse en un conflicto bélico que nada tenía que ver con él. Su matrimonio con **Damita** seguía causándole problemas y trató de suavizar las cosas viajando a Cuba con ella, pero allí no paró de ligar mujeres y de visitar burdeles, así que obtuvo justo el efecto contrario. Una anécdota graciosa de ese viaje fue su idea de contratar a una orquesta ¡para que le siguiese desde primera hora de la mañana hasta la madrugada! Cuando **Errol** llegaba a una fiesta o simplemente caminaba por una calle, la música le envolvía.

En Hollywood, él y **Damita** vivían existencias independientes. El actor compartió una casa con otro famoso juerguista, **David Niven**, y la bautizaron con el cachondo nombre de **“Cirrosis Frente al Mar”**, a causa de sus bacanales alcohólicas. Las pelis exitosas se sucedían: **“The Sea Hawk”**, **“Virginia City”**, **“Santa Fe Trail”**… y su status en la Meca del cine era cada vez más alto. Por ello, un buen día decidió edificar un lujoso templo dedicado a los excesos, que seria conocido como “Mulholland House” o “House of Pleasure”. Allí, **Sir Flynn** hizo realidad todas sus fantasías, y añadió pequeños mecanismos para divertirse, como techos con cristales que le permitían ver a sus invitados haciendo sexo sin que ellos se enterasen. Además de organizar peleas ilegales de gallos, a las que invitaba a sus amigos especialistas. La mansión estaba en el 3100 de Torreyson Pl., y fue derribada en 1988. Como curiosidad hay que resaltar que fue también la última casa de **Ricky Nelson**. Aunque ya no quede nada de ella, cualquier fan de **Errol** que visite L.A. debe peregrinar hasta esa dirección para, como mínimo, contemplar el paisaje que veía cada mañana **Sir Flynn** tras pegarse una de sus habituales orgías.

De todos los films que rodó en ese periodo, el que dio lugar a anécdotas más jugosas fue **“The Private Lives of Elizabeth and Essex”**. Ya os hablé de esa película en el NMJ dedicado a **Bette Davis**, y por lo tanto recordaréis la anécdota de la bofetada, cuando la actriz disfrutó golpeando al actor en la cara con sus dedos llenos de anillos en una de las escenas. **Bette** detestaba a **Errol**, y siguió insultándole en la prensa muchos años después de su muerte. En sus memorias, **“My Wicked, Wicked Ways”**, **Errol** afirma que la enemistad surgió cuando la actriz le invitó varias veces a tomar unas copas después del trabajo y él rechazó las ofertas porque no la consideraba su tipo. Por otra parte, en una de las secuencias del film, **Errol** se vengó del numerito de la bofetada propinándole una buena palmada en el trasero a la

actriz, un detalle que **Bette** no le perdonó jamás.

Un inesperado amigo que le cayó encima, casi en contra de su voluntad, fue el veterano actor **John Barrymore**, cuando ya estaba afrontando la recta final de su vida. **Barrymore** era un alcohólico sin remedio y pasó algún tiempo en la mansión de **Errol** tratando de aniquilar su cuerpo a base de borracheras continuadas. De esa legendaria estancia de **Barrymore** en Mulholland se recuerda, ante todo, una anécdota. Un día, él y **Errol** decidieron descubrir si serían capaces de salir adelante como vagabundos, y sin pensárselo dos veces se cubrieron de harapos y pasaron una mañana pidiendo limosna en la esquina de Hollywood con Vine. La experiencia dio como resultado un brusco encuentro de **Errol** con la poli, y unas ganancias recolectadas por **Barrymore** que ascendieron a 1 dólar y unos cuantos centavos.

Cuando **Barrymore** salió por fin de su vida, **Errol** recuperó el timón de Mulhdland. Ya no tenía a un borracho en estado terminal dejándole meadas por toda la casa, pero tampoco podía disfrutar de sus excentricidades. Fue entonces cuando, influenciado por la lectura del libro **"Confessions of an Opium Eater"** de **Thomas De Quencey**, se metió a fondo en el opio. Dicha droga llegó a causarle una fuerte adicción, pero al final pudo librarse de ella.

En 1941, **Lili Damita** obsequió al actor con una sorpresita: su primer hijo, al que bautizó con el nombre de **Sean**. Claro que sus motivos escondían intenciones bastante oscuras. El mismo día en que descubrió que estaba embarazada, le dijo: ***"Crees que has jodido a todas las mujeres de Hollywood, pero yo acabo de joderte a ti, amigo mio, vas a tener un hijo"***, y tras el parto, **Damita** presentó una demanda de divorcio, lo cual fue como ponerle una soga al cuello a **Errol**, ya que las autoridades le obligaron a pasarle una elevada suma de dinero cada mes a su "ex" hasta que ésta se casase de nuevo, cosa que, obviamente, ella no llegó a hacer jamás.

La 2.ª Guerra Mundial trajo consigo multitud de pelis bélicas, y **Errol** protagonizó algunas de las más famosas. La más importante fue **"Objetivo: Birmania"**. que paradójicamente se rodó en California, en un lugar llamado Santa Anita Ranch. Ese film provocó las iras de los ingleses, ya que daba la impresión de que **Errol** hubiese ganado la guerra él solo. Durante muchos años, las secciones de humor de los periódicos se ensañaron con el actor a causa de ese film.

La previsible muerte de **John Barrymore** impresionó a **Errol** más de lo que nunca hubiese imaginado, gracias a una legendaria broma del bestia de **Raoul Walsh**. El decadente **Barrymore** tardó en morir más de lo que esperaban sus amigos. Cada vez que entraba en coma, lograba recuperarse y, a la mínima oportunidad, echaba otro trago. Solía llenar un tubo de gotas para los ojos con bourbon, y de ese modo alegraba sus estancias en los hospitales. Cuando finalmente falleció, **Errol**, **Walsh** y otros colegas se reunieron para beber a su salud. Era una triste noche, acababan de perder a un amigo que les había acompañado en multitud de borracheras (juntos formaban un club de bebedores que tenía incluso nombre: The Olympiads; otro de sus destacados miembros era el ilustre borracho **W. C. Fields**). Tras ingerir varias

copas, **Walsh** se excusó, alegando que estaba muy afectado por la muerte de **Barrymore** y dejó a los demás bebiendo. Pero su objetivo tenía el clásico sello **Walsh**. Había decidido "tomar prestado" el cadáver de **Barrymore** para dar una vuelta con él. **Walsh** y otros dos amigos sobornaron al guarda de la funeraria con 200 dólares y prometieron devolver el cadáver al cabo de pocas horas. Seguidamente fueron a casa de **Errol**, sentaron al fiambre en una silla frente a la puerta principal, y esperaron la llegada de su amigo. Cuando un apenado y decaído **Errol** abrió la puerta de su mansión, se encontró al mismísimo **John Barrymore** mirándole fijamente. El susto fue espectacular y salió disparado hacia el exterior, mientras **Walsh** y los demás corrían tras él, gritando que sólo había sido una broma. That's Hollywood!



Dejando los incidentes con juguetones cadáveres a un lado, en esa época, **Errol** sufrió uno de los peores tragos de su vida. Acababa de rodar otro exitoso film titulado **"Gentleman Jim"**, y una noche recibió la visita de dos polis. Le acusaban de haber violado a una menor. La pesadilla acababa de empezar. Al cabo de poco tiempo, otra menor aseguró haber sido forzada por el actor. Nos ahorraremos los detalles de toda esta historia, por el simple hecho de que fue un gran montaje para desacreditarle, y ya se ha hablado suficiente de ello en todo tipo de libros y documentales televisivos. Resulta difícil creer que un tipo que podía tener a cualquier mujer del mundo a sus pies, violase a dos menores. Se cree que el escándalo fue orquestado por un fiscal de Los Ángeles llamado **Buron Fitts**, que durante muchos años se había ocupado de cuidar de la reputación de las estrellas de Hollywood, y que, tras ser destituido, decidió hundir a la gran estrella del momento para perjudicar a Warner Brothers. Fue un caso muy grave que casi acaba con la carrera de **Errol**. Era tiempo de guerra, pero de pronto **Errol Flynn** parecía estar más perseguido que **Hitler**. Por si acaso, el actor tenía una avioneta preparada en el aeropuerto de Burbank para huir del país si le consideraban culpable. No fue necesario, **Errol** se libró de la condena carcelaria, y la frase **"In like Flynn"** sonó con más fuerza que nunca, pero su reputación quedó manchada para siempre. Aún hoy en día le hablas a cierta gente que sólo conoce un par de datos sobre **Errol**, y te preguntan: ***"Violó a dos menores, ¿no?"***. No, imbécil, no violó a dos menores, pero puedes creer lo que te plazca.

Lo cómico de aquel largo juicio fue que **Sir Flynn** aprovechó sus visitas al

juzgado ¡para ligarse a la nena que vendía tabaco en la entrada!, ¡le acusaban de violación y seguía pensando en mujeres! Para colmo, la chica tenía 18 años, cosa que no le benefició precisamente de cara a la prensa y la opinión pública. Pero **Errol** hacia en cada momento justo lo que le daba la gana, y si quería ligar con una chica, pues la invitaba a Mulholland y punto. El nombre de la nena era **Nora Eddington** y al cabo de un tiempo contrajo matrimonio con ella. De la relación salió una hija llamada **Deirdre**. Lo curioso del caso fue que, pese a casarse, **Errol** decidió comprarle una casa a su nueva esposa, para poder seguir viviendo solo en Mulholland. El matrimonio le parecía bien, pero su libertad era lo primero.

Su relación con **Nora** no duró mucho, y al cabo de unos años se divorciaron, y el actor contrajo matrimonio con la actriz **Patrice Wymore**, que le dio otra hija, **Arnella**. Esa podría haber sido su pareja definitiva, pero **Sir Flynn** necesitaba cambiar de compañía a menudo, y acabó sus días con una nenita que prácticamente descubrió lo que era el mundo a través de un **Errol** muy deteriorado, que se precipitaba hacia su final sin intención de poner remedio.

Sus últimos años fueron tristes. Perdió su belleza, se vio obligado a abandonar América ante el acoso constante de **Damita**, que exigía su elevadísima paga cada mes, se arruinó intentando rodar un film sobre **William Tell** en Italia, nunca vio materializada su ambición de ser respetado como escritor (llegaría a publicar dos novelas de ficción, que no despertaron ningún interés)… Pero como mínimo siguió viviendo al limite hasta el final, pilotando aviones casi sin combustible, navegando en las aguas de Jamaica, follando en España.

Finalizaremos este NMJ recordando una anécdota de ese último período de su vida, que refleja lo imprevisible y extrema que fue siempre su existencia, dentro o fuera de Hollywood. **Errol** y su mujer **Patrice** vivían en un yate, en la costa española, y una noche, tras ofrecer una fiesta, se fueron a dormir y horas después, cuatro extraños se colaron en el barco. Eran dos españoles, una americana y una francesa. Estaban borrachos y se habían autoinvitado a la fiesta. **Errol** les rogó que abandonasen el yate, y ante su negativa, se lió a golpes con todos, los lanzó al mar y siguió durmiendo. Bien, a la mañana siguiente miró una de sus manos, y descubrió que tenía clavados varios dientes de uno de los garrulos hispanos. Nada grave en principio, pero días después la herida se infectó, y **Errol** entró en coma. Durante cuatro días se debatió entre la vida y la muerte en un hospital de Gibraltar, y cuando por fin recuperó la consciencia, los médicos le informaron de que los moros habían iniciado una revuelta y le dieron una pistola para que se protegiese si entraban a matarle. Al final no ocurrió nada, pero **Sir Flynn** vivió una aventura más, casi sin enterarse. ¿Cómo pudieron pasarle tantísimas cosas a este entrañable sujeto en el transcurso de 50 años?, nadie lo sabe. Lo que sí podemos afirmar con plena seguridad es que siempre será “in” ser como **Flynn**.